**MARIA ADELA AGUDO**

María Adela Agudo nació en Santiago del Estero el 13 de febrero de

1912 y falleció en Tucumán el 27 de enero de 1952.

 Fue Maestra Normal Nacional y Profesora de Letras, en La Banda,

Donde vivió desde muy pequeña. Tuvo que abandonar esta profesión y su

Amada ciudad cuando, durante el gobierno peronista, se negó en sus clases de

Literatura a explicar la constitución de 1949. Por tal motivo, fue trasladada a Frías, donde se le asigno la materia geográfica Económica. Abandono Santiago del estero y se trasladó a Tucumán, donde dicto clases en el instituto Juan Bautista Alberdi, dirigido por el escritor Ardiles Garay.

Según un gran amigo suyo, el poeta Nicandro Pereyra (quien facilito la mayor parte del material de este homenaje), era una experta en Góngora y sus clases eran seguidas con fruición por los alumnos.

 Publicó sus poemas en diarios y revistas. Fue integrante del célebre grupo “La Carpa”, que nucleó a escritores del Noreste argentino en la década del 40.

 En La Banda dirigió la revista literaria Zizayan (que significa renacer, florecer, en quechua).

 En diciembre de 1963, a un año de su muerte, sus amigos le realizaron un zendo homenaje en la revista Agón, dedicándole un cuaderno entero. Entre quienes hicieron posible ese libro podemos citar a Gerardo Baldesarre, Gustavo Cirigliano, José Digiglio, Saad Chedid. Víctor Rebuffo y Nicandro Pereyra.

 **MARIA ADELA AGUDO Y SU TIEMPO**, **por Raúl Araoz Anzoategui**

Alrededor de María Adela Agudo se tejió como un clamoroso silencio, primero su presencia fue emblemática para los que pertenecíamos al círculo de sus amistades y veíamos en ella lo más cercano a lo que deseábamos llegar, o sea donde nunca se accede.

 A poco de su muerte, recuerda en 1952 Nicandro Pereyra, “que en un atardecer de 1943 nos llegamos hasta una casa de pensión de la calle del Congreso, en Tucumán. El patrón, un señor olivera, santiagueño y caja vidala, nos puso en contacto con una alta mujer, atezada, de hermosos ojos nocturnos y rasgados, de cabellera que le llovía copiosamente sobre los hombros”.

 Al publicarse la muestra poética de La Carpa, ella había hecho ya el camino que nosotros comenzábamos. Desde su taller, un emprendimiento en que tensó las cuerdas de su “guitarra absorta”, y en que había pasado sus etapas primigenias, alcanzó inusitada madurez. Había embrionado en ese ciclo algo que le venía de su fecunda tierra santiagueña; y otro tanto de eso se atisbaba a trasluz de sus limpias estrofas en las cuales se afianzaba obstinadamente.

 Pero fue en sus últimos 9 poemas de extendida palabra, que integraron la recopilación de sus 32 composiciones recogidas por la revista Agón en edición extraordinaria (1953), donde María Adela Agudo despliega su tono mayor. Ya en La Carpa se incluyen de ese periodo definitivo, títulos como Pequeño Poema, y A un Joven. De este último alguien sostuvo –y con razón- que es su expresión “más lograda, la más representativa y la de mayor concentración poética”; en los supremos instantes hay estrofas como esta:

 “*Retorna a mi identidad, a mi nudo con el cielo, / yo no soy como tú/ vuelve a mi soledad, donde estamos ataviadas de distancias / seductoras de tu ultima risa/ Porque yo no tengo aun hijos de sangre/ y tú eres para mí un hijo hermoso y el niño y el hombre/ para mi la niña, la madre viva”.*

 Transcurridos los años, muy pocas antologías en este país reclaman su nombre. Pero es difícil encontrar entre las mujeres que eran y son pares en este continente, voces más intensas y entrañables para nombrar la vida.

 Puede asegurarse entonces, que su poesía sobrepujaba en aquel momento, y en nuestro medio, otros acentos que luego resonarían en ámbitos distintos y concitarían en si mayor y merecida atención. Téngase presente, que entre algunos modelos a mencionar, Manuel J. Castilla o Raúl Galán, poetas del mismo grupo, estaban a la sazón templando aun sus mejores instrumentos. Castilla todavía no había escrito su “Copajira” (1949) un su “Tierra de uno” (1851), piedras fundamentales dentro de los límites de su obra; y Galán insinuaba sus primeras versiones de “se me ha perdido una niña” (1951) y solo enseguida escribiría su “Carne de su tierra” (1952), punto culminante de su labor creadora.